

VICENT AZOULAY, *Pericles of Athens*, Princeton University Press, Princeton & Oxford, 2014. 312 páginas.

El libro de Vicent Azoulay es una traducción inglesa de la obra original escrita en francés que no he podido consultar, por tanto, todo lo que se recoge en esta reseña se refiere a la edición del texto en inglés. El autor, profesor de Historia Antigua en la Universidad de Paris-Est Marne la Vallée, nos presenta la figura de Pericles (495-429 a. e. c.) en su desarrollo como persona y gobernante que marcó una época fundamental para la evolución política, cultural y social de Atenas, donde ocupó varias veces cargos importantes desde los que logró realizar proyectos políticos que superaban, o mejor dicho, desbordaban el limitado ámbito territorial de la *pólis* ateniense. Lo primero que llama la atención del libro de Azoulay es su amenidad y claridad expositiva y, también, la original lectura e interpretación de las fuentes. Como historiador de la Antigüedad nos ofrece un estudio muy completo de la persona y el político ateniense basado en los textos clásicos de autores como Tucídides (*ca.* 460-396 a. e. c.) o Plutarco (*ca.* 46-120) y, también, en los testimonios arqueológicos, combinando ambas fuentes documentales de una manera muy equilibrada.

La obra está dividida en doce capítulos muy bien estructurados y en los que se encuentran todos los aspectos que el autor se ha propuesto transmitir a un lector que desea conocer más y mejor a un personaje inserto en una realidad política y social apasionante de la que fue no solo testigo,

sino su impulsor y constructor. Es decir, se quiere retratar al protagonista de un cambio radical que mereció el calificativo de *siglo o era de Pericles*.

En el primer capítulo se relata la formación de un joven ateniense perteneciente a la clase aristocrática que, como nos mostró en su obra clásica Werner Jaeger *Paideia*¹, comenzó su instrucción pública en los ideales del *kalos kai agathos*, de la belleza y de la bondad ética, pero tuvo que adaptarse al nuevo mundo que surgió tras la reforma de Clístenes y con el que la democracia depositaría el poder de decisión y de gobierno en manos del pueblo. Esta forma de gobierno tenía como señas de identidad la libertad y la igualdad para tomar la palabra en la Asamblea y, sobre todo, fomentaba la participación activa del ciudadano en el gobierno de la *pólis*, la comunidad política ateniense.

El segundo capítulo nos muestra uno de los aspectos más importantes de la vida de Pericles, su actuación como *strategos*. El político ateniense ocupó en muchas ocasiones este cargo que, en su tiempo, suponía tener el mando supremo del ejército. Desde esa posición preeminente, propia de un político que procede de la aristocracia, formó un gran ejército que sirvió para desarrollar una política que superaba el estrecho ámbito de la región del Ática; pero, al mismo tiempo, le permitió ejercer una gran influencia en otras ciudades de la Hélade, de Asia Menor y en las islas del mar Egeo.

¹ Werner Wilhelm JAEGER, *Paideia: Los ideales de la cultura griega*, Fondo de Cultura Económica, México-Madrid, 1990.

El tercer capítulo aborda uno de los temas mejor conocidos y más debatidos sobre Pericles, su capacidad como orador para convencer al auditorio, pero sobre todo, para comunicar sus ideales, sus proyectos, sus propuestas y sus sentimientos al auditorio. Se conservan pocos discursos de Pericles, pero suficientes para escuchar sus palabras y sentir sus pasiones pues todos nos muestran la capacidad de un gran orador que sabe usar los recursos retóricos para transmitir sus ideas políticas a sus conciudadanos para convertirlos en cómplices necesarios en el establecimiento, desarrollo y mantenimiento de un proyecto político del que todos forman parte. Es decir, Pericles convoca al ciudadano para tomar las riendas de su propia existencia mediante la participación activa en el gobierno de la *pólis*; dicho de otra forma, compromete al ateniense en el desarrollo de su ciudad, que es tanto como afirmar que lo compromete con su futuro.

Los dos capítulos siguientes, cuarto y quinto, tratan sobre temas fundamentales de la biografía de Pericles como director de la política ateniense. El primero se centra en el controvertido tema del imperialismo ateniense, lo que en otro tiempo se llamó talasocracia. En la época de Pericles se formó la llamada Liga Ático-Délica y Atenas desarrolló un auténtico imperio marítimo y comercial que enriqueció a la ciudad y sirvió para construir los grandes monumentos que todavía hoy podemos admirar en, por ejemplo, la Acrópolis. Esta ampliación del ámbito de influencia de la *pólis* ateniense, provocó problemas con otras ciudades y, sobre todo, con Esparta y sus aliados. En el quinto capítulo, el autor muestra cómo Pericles manifestó su pericia como gobernante y su visión *internacional* —el término es

anacrónico—, en la dirección de los asuntos políticos y en los recursos económicos de la Liga que se formó fundamentalmente para garantizar seguridad y protección ante un posible ataque de Persia a las ciudades griegas continentales, las islas del mar Egeo y las de Asia Menor.

En los siguientes capítulos, sexto y séptimo, el autor nos muestra la cara más humana de Pericles. Nos describe sus relaciones sentimentales, su pasión por la familia y el dolor por los hijos que mueren prematuramente y, sobre todo, su círculo de amistades más próximas y heterogéneas entre los que encontramos desde un rey de Esparta, Arquidamo (469-427 a. e. c.), hasta pensadores como Protágoras (485-411 a. e. c.), Anaxágoras (500-428 a. e. c.), Hipodamo (498-408 a. e. c.), Céfalo (*ca.* siglo quinto), artistas como Fidias (490-431 a. e. c.), y la figura de Damón (*ca.* siglo quinto) que pasa por ser su eminencia gris. Sobresalen las sugerentes páginas dedicadas a la siempre inquietante Aspasia (470-400 a. e. c.), su esposa. Todos ellos formaron un grupo variado en el que Pericles se sentía cómodo y con los que trataba sus temas personales y, también, los asuntos políticos de Atenas. Como buen político dispuso de un círculo de confianza de personas muy cercanas con las que poder tratar los temas que le preocupaban y ocupaban su mente y para los que necesitaba otras visiones y otras perspectivas que contrastaran, complementarían y pusieran a prueba las propias.

En la vida de un político siempre es importante, y más en una sociedad como la antigua, conocer qué pensamiento profesa y cómo considera la intervención de los dioses en la vida política. En el capítulo octavo aborda esta cuestión. La religio-

sidad de Pericles fue más formal que profunda, más de cara a sus conciudadanos que sentida realmente, porque la ciudad estaba evolucionando hacia un racionalismo en todos los sentidos. Comenzaba a desarrollarse la filosofía centrada, gracias a los sofistas, en el hombre y no en el cosmos. En el teatro, de la mano de Sófocles (496-406 a. e. c.) y Eurípides (480-406 a. e. c.), comenzaba a diseñarse lo que se ha denominado la democracia laica y que terminaría por imponerse a la concepción religiosa de Esquilo (525-456 a. e. c.). El pueblo creía más en su capacidad para progresar que en la intervención de agentes externos en su vida. No se está afirmando que los atenienses se volvieron ateos o descreídos, sino que las explicaciones míticas y religiosas de los hechos perdieron fuerza frente a las justificaciones racionales que convencían más a los hombres.

En el capítulo noveno relata la muerte y la desaparición de Pericles y el declive de la ciudad hasta perder la Guerra del Peloponeso contra Esparta. Todo ello provocado por la falta de un sucesor digno y capaz en el cargo de *strategos*. Su muerte significó el final de una época y de una forma de entender las relaciones del político con el pueblo y de dirigir los asuntos públicos. Después de él aparecieron y dominaron la escena política demagogos que apelaban a las pasiones del pueblo para arrastrarlo hasta conseguir sus objetivos. A pesar de todo, la democracia, como dijo Tucídides (460-ca. 396 a. e. c.), resistió.

Los dos últimos capítulos, undécimo y duodécimo, se ocupa de la imagen de Pericles en la Historia. Durante tres siglos, entre el quince y el dieciocho, no fue un ejemplo para nada y para nadie. Es más, en

muchos casos fue una figura criticada, un ser humano que gobernó Atenas y no era digno de ser tenido como modelo de gobernante que estableció un régimen democrático que, en realidad, era una *monarquía* liderada por él; aparece, también, como un mal consejero en cuestiones de Estado o, incluso, como un ciudadano carente de todas las virtudes. Azoulay va pasando revista a las opiniones de un número muy variado de autores como Guillaume Budé (1467-1520), Nicolás Maquiavelo (1469-1527), Francesco Guicciardini (1483-1540), Carlo Sigonio (1520-1584), Jean Bodin (ca. 1529-1596), Michel de Montaigne (1533-1592), Charles Perrault (1628-1703) y otros. François Fénelon (1651-1715) en sus *Diálogos de los muertos* nos muestra un Pericles que asume un rol en la obra dialogando con Alcibiades (450-404), el autor dejó claro su falta de consideración de ambos tanto como políticos y como hombres. La excepción en este panorama fue Thomas Hobbes (1588-1679) que lo mostró como un pastor atento y pendiente de su rebaño —el pueblo ateniense— y dispuesto a luchar para encauzarlo por la senda adecuada y superar las limitadas visiones de algunos políticos egoístas.

La imagen de Pericles empeoró en la Ilustración. Para autores como Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), Gabriel de Bonnot de Mably (1709-1785), Claude-Adrien Helvétius (1715-1771) y los enciclopedistas e incluso Montesquieu, fue un corrupto, lujurioso y padre de todos los vicios privados y públicos. Para estos autores el modelo era Esparta, la vencedora de la Guerra del Peloponeso, porque atesoraba las virtudes cívicas de las que la Atenas de Pericles carecía.

La rehabilitación de Pericles comenzó a finales del siglo dieciocho, durante el cual se creó un mito sobre su figura, su obra y su vida y se ha mantenido hasta nuestros días. Este mito ha servido para llamar a los años que gobernó en Atenas como el *Siglo de Pericles*. El historiador que cambió la consideración de Pericles fue George Grote (1794-1871) en su *A History of Greece*² donde realizó una apasionada defensa de Pericles y de su actividad política en pro de la extensión de la democracia y la participación de los ciudadanos en el gobierno de la comunidad.

El libro termina con la visión de Pericles en diferentes momentos del crítico siglo veinte en las dos Guerras Mundiales y la utilización del mito por los regímenes totalitarios. El autor concluye con una recuperación del hombre y su obra a través de estudios históricos rigurosos y apoyados en las fuentes y los testimonios proporcionados por la arqueología.

Vicent Azoulay ha realizado un trabajo muy importante para centrar la figura y la vida privada y pública de un personaje central en la Historia de Grecia. En su libro llegamos a comprender a la persona de forma integral con su peculiarísima vocación y misión histórica y dentro del contexto de su época, en el que entraron en juego las creencias e ideas de su tiempo en todos los planos y niveles: economía, sociedad, sistema político, orden mundial, religión, etc. Las escuelas de Cambridge —J. G. A. Pocock, Quentin Skinner— y de Bielefeld —Reinhart Koselleck (1923-2006)— han insistido mucho en que las

ideas políticas solo pueden entenderse en su contexto. También nos enseñan que el pensamiento político se pone en práctica en un momento temporal concreto, aunque perdure o se pierda pasados unos años está ahí y es fruto de unas decisiones que tomaron unas personas asumiendo el riesgo de hacerlo para realizar o diseñar planes políticos que debían dar respuesta a situaciones históricas concretas. El devenir de los acontecimientos históricos se encargó de mostrar si fueron acertadas o constituyeron un fracaso. Esto último está magistralmente tratado en los últimos capítulos.

El libro trata de profundizar en la comprensión integral de Pericles, un personaje que vivió en un siglo tan convulso como el momento de la consolidación de la democracia ateniense, la creación de la Liga Ático-Délica y la Guerra del Peloponeso. Unos veinticinco siglos después tenemos todavía que seguir aprendiendo de la forma de analizar los problemas y de resolverlos que caracterizaron a Pericles. Un personaje imprescindible en la Historia y que atrae el interés tanto de los historiadores como de los lectores interesados en el mundo de la Grecia Clásica.

Finalmente, tres apuntes que podrían haber mejorado el libro. El primero es formal, en la edición inglesa, desconozco si ocurre lo mismo en la francesa, se ponen las notas de todos los capítulos al final, lo cual hace muy difícil su lectura. Un libro en el que se citan tantas fuentes documentales, tantos textos y tanta bibliografía exige que las notas estén a pie de página para facilitar su consulta. Los dos siguientes

² George GROTE, *A History of Greece: From the Earliest Period to the Close of the Generation Contemporary with Alexander the Great* (12 vols.), John Murray, London, pp. 1846-1856.

apuntes son de fondo. En primer lugar, en la época de Pericles se produjo la eclosión de un movimiento intelectual o filósofo que conocemos con el nombre de sofística. Se echa de menos un análisis más profundo de la estrecha relación que existió entre las ideas antropológicas, religiosas y políticas de estos maestros itinerantes que recalaron en Atenas con las ideas y las decisiones políticas de Pericles, tal y como nos muestra Platón en diversos diálogos. El último apunte alude a la falta de un

capítulo en el que se recapitulen las tesis fundamentales expuestas en el libro. Es decir, unas conclusiones que se apuntan en la introducción, pero que no se concretan en ningún capítulo final. Asimismo, se echan de menos unas reflexiones personales del autor sobre la vida y la obra de su biografiado.

SALVADOR RUS RUFINO